

1989

## Las Ménades de Lavín Cerda

Guiseppe Amara

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

### Citas recomendadas

Amara, Guiseppe (Primavera 1989) "Las Ménades de Lavín Cerda," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 4.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/4>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## LAS MENADES DE LAVIN CERDA

**Giuseppe Amara**  
*Universidad Autónoma de México*

### 1. *Las locas de Nietzsche*

Federico Nietzsche, ya completamente loco, y recluido en una celda del manicomio de Jena, ve desfilar junto a él, de noche, a una multitud de mujeres locas. Hay que tener en cuenta que la condición de la locura implicaba, para Nietzsche, la libertad y la irresponsable ligereza de la inconciencia: la soltura y la gaya profanación de lo dionisíaco. Las mujeres que ve desfilar Nietzsche no son simples habitantes del manicomio. Al contrario, son quienes se han liberado del fardo candente de la existencia, son quienes se atreven a romper las leyes que constriñen la vida terrestre en aras de una vida de ultratumba. Son las que se atreven — a riesgo de quedarse en un manicomio —, a luchar contra la cárcel en que las esclaviza la existencia humana.

En la novela de Hernán Lavín Cerda *Aquellas máscaras de gesto permanente*, y bajo la apariencia de un caos digno de manicomio, también desfilan las locas que durante una noche soberbiamente iluminada, vio Federico Nietzsche en la celda luminosa de su imaginación. Las locas de Lavín Cerda, sabias y en proceso de autoconocer su sabiduría y de

liberarse, están sin embargo atrapadas en un laberinto. De Jorge Luis Borges a Octavio Paz, o a Gabriel García Márquez, con sus diferentes claves, nos hemos dado cuenta de una misma verdad: todos estamos atrapados en un laberinto y, quizá con la sola excepción de Borges, no queremos creer que en nuestro extravío hasta el Minotauro nos ha perdido de vista.

¿Cuál es la sabiduría de las locas de Hernán Lavín Cerda? A semejanza de las Ménades de Dionisio, estas mujeres lavinianas saben que están en un laberinto, y sólo quieren salir de allí; quieren ser locas de verdad porque quieren ser libres. Para los demás, lo que no sabemos o nos cuesta creer, es que estamos encerrados y extraviados en el laberinto; no podremos ser libres porque no creemos que haya que vencer cárcel alguna, o damos por descontado que nuestra cárcel no es un laberinto, que es una cárcel cualquiera, insulsa, muy aburrida y carece del encanto del laberinto. Es preferible no salir de su burocracia, del orden protector, de los límites, porque en todo intento de liberación oscilamos peligrosamente hacia los linderos encendidos de la locura, y preferimos la muerte en vida o la inercia carcelaria al peligrosísimo pasmo de la locura. ¿Pero es que a esto nos hemos reducido — a la cárcel o la libertad loca, y al precio del miedo, la angustia, el extravío?

Esto es lo que se preguntan, de mil modos locos, las Ménades de Lavín Cerda, dentro del laberinto donde están decididas a todo, menos dejarse seducir por el rollo, por el discurso bien hecho, el ensayo terso, pulcro, transparente, moralizador, claro, esclarecedor e hiperlógico. Entonces, estas Ménades entablan una batalla singularmente verborreica; combaten con palabras de una jocosidad poética que oscila entre un texto post-poundiano y un texto post-joyceano, con llamadas fellinescas que se conjuran a través de magos y payasos, y algo de la nostalgia del superhombre latinoamericano, el Don Juan de Castareda.

Es de verse esta batalla intralaberíntica entre la verborrea de las Ménades y las insinuaciones, intromisiones, determinaciones, acusaciones, violaciones con que irrumpe y se ejerce el rollo político, el rollo policíaco, los rollos de las religiones cada vez más anegadas en el Mar Muerto; el rollo burocrático, el rollo de los presos de primera clase, el rollo lascivo del Minotauro que ha renunciado a los cuernos por los genitales y, aunque de ningún modo en último término, el rollo de los militares. Esta batalla de la verborrea de las Ménades contra los rollos es, como dije, de verse, porque los palabreríos, las palabras de los ríos lavinianos que se abren a los cuatro vientos, impulsadas y dispersas por las Ménades, crean chispazos de luz multicolor, imágenes incandescentes de un caleidoscopio que multiplica el embrujo, pero también las dificultades del laberinto. Y por estas visiones alucinantes de las Ménades, son atraídos los Minotauros que esconden sus genitálicas intenciones tras los lienzos enrollados de siempre.

¿A qué cosa no están dispuestas a ceder las Ménades? A todo estarían dispuestas, quizá hasta ser violadas pero no a permitir algo fundamental, ante lo cual la muerte se les hace poco para oponerla como trinchera, como pequeño abismo para que no se cumpla lo que ellas más temen; y es, para decirlo de inmediato, que no se las trate de engañar con un rollo, con un supuesto argumento, con artilugios literarios y admoniciones legales. Que no se las trate de envolver con un argumento y no se las convierta en protagonistas; ellas tienen una personalidad disociada, sí, indefinida, plurivalente, y al fin ceñida bajo la cárcel ambulante de la personalidad. Ellas no aceptan convertirse en protagonistas para estar sujetas a una trama, a un destino, a una red de preocupaciones, deberes, ilusiones, ambiciones, logros. Por algo son Ménades, por algo son las hijas de la locura sagrada de Dionisio. Alguna quiere ser adivina o profeta: ingiere hongos alucinógenos y no deja de invocar a Apolo para que vaticine un futuro a una locura que, por definición, está ya libremente ajena a la ilusión carcelaria del tiempo. Pero, en el laberinto laviniano, las apolíneas proféticas son la minoría. La mayor parte está perfectamente aleccionada para resistirse al rollo, a las reducciones de la telenovela, a la vida ridícula de los burgueses que con sus frenéticas exasperaciones, concluyen que la vida no tiene sentido. No lo tiene, arguyen los filósofos teologistas, porque nada puede explicarse sin la complementación divino-demoníaca. No tiene sentido, dicen las Ménades del laberinto, porque no lo tuvo nunca; por eso elegimos la libertad de toda sujeción al rollo de cualquier clase, aunque a esta libertad (libertad a no sujetarse a las apariencias de una sociedad en descomposición mal ocultada) se le pretenda llamar locura, y se la persiga, maldiga y castigue por una razón suprema: la locura de las Ménades es contagiosa y son cada vez más numerosos los burgueses que, en un arrebató, sueñan con que el ascensor sea capaz de cobrar energía y romper el techo del edificio para inaugurar el vuelo ácido de la libertad.

En la novela de Lavín Cerda podemos observar que, de siglo a milenio, de mares a océanos, las Ménades, invariablemente, no se sujetan a ningún intento de hilar sus verborreas ni en el escenario felliniano que las espía para cazarlas, ni a ninguna lógica telenovelesca que las vuelva patéticas y ridículas heroínas dignas de representar la catástrofe de nuestra vida burguesa.

Estas Ménades son amantes de una locura nueva y danzan al filo del abismo infralaberntico con tal de no caer en la locura cotidiana de la trama predicha, en la cual, lacanianamente, terminan por ser habladas. Son conscientes de que una trama ajena dibuja sus vidas y las maneja como títeres en la tediosa y desesperante vida urbana.

Por esto, las Ménades han optado por una verborrea prelógica, rica en ciencias ocultas del Reino Animal y en una delirante sucesión de significantes que, pese a tramarse en complejos rizomas, no logran dar

significación alguna porque en el momento en que una Ménade logra ser comprendida, es como si cayera capturada por la trampa asfixiante de la significación prejuiciosa. Y los puntos nodales del rollo son las significaciones de las cuales ya no es posible escapar. Una vez atrapadas en la presunta significación del rollo, las Ménades pierden el aire y son estranguladas por las falsas ligas del discurso. Para vivir o, mejor, para sobrevivir, las Ménades deben adentrarse por el laberinto de las más caóticas incoherencias. Se las tildará de locas, de insignificantes, de soberbias, de pedantes que expulsan gases sin siquiera hedor, que ofrecen inútilmente un aroma hechizo con sus palabrerías; se las tildará aun de adictas a las malas artes, pero eso sí, no habrán caído en las redes del rollo del plan global, del rollo del globo total, del rollo que las volvería de antemano existencias inesenciales, insaciables, papeles de teatro previsible y prescindible, asfixiadas gesticulantes tras el telón, parodias de falsa muerte; y entonces sí que se volverían locas, pero no locas lúdicas y dionisíacas, sino locas por desesperación.

## 2. *Nostalgia por las Ménades*

Una de las tantas Ménades, la Turbulenta, *se abrió el corpiño en un gesto inefable: desde el fondo extrajo un fósforo de cabeza púrpura y empezó a frotarlo contra la suela de su zapato, hasta que se levantó una llamarada blanca cuando la vela quedó encendida* (94).

Pero ¿qué ocurre? Ellas intentan saber, antes de abrirlo, qué se oculta en el cofre del laberinto interminable. Atrás mío, dice la Piruja,

el hijo mayor de Platea lee su epibaterio después de haber viajado por todo el planeta, y se escuchan cantos de batalla y el temblor de los carros blindados que huyen sin rumbo sobre las piedras cubiertas de sangre. Velozmente me vuelvo vieja en el rincón y lloro de vergüenza porque todos me insultan sin piedad, llamándome diosa de las malas artes, reina de la sabiduría que corrompe, celestina de dientes largos y lomo abultado, ave zancuda, zurrón, corza como el bismuto o la magnesia (90).

El cofre se abre con la sola luz de las velas. Las Ménades hurgan en su interior en busca del mapa y sus manos se impregnan de sangre: el mapa está hecho de arena engañosa porque se transforma según lo quiera el viento, y sobre su tersa y cálida superficie hay huellas de sangre; son los efímeros signos con que los buitres escriben nuestra historia humana, la historia verdadera, aquella que recogen por boca de los moribundos, de los agónicos, de los ensangrentados con su último derramamiento. Las Ménades quieren leer en el mapa del cofre *qué es* la Historia de la Humanidad, para

seguir, ya no al pie de la letra sino al pie de la sangre — como acertadamente lo señala Lavín Cerda — el rumbo de la historia que, aun sin las colosales y divinizantes pretensiones de Hegel, podemos todavía esperar. Ellas se tambalean en la orilla de las arenas ensangrentadas por los buitres. A riesgo de morir ahogadas, desangradas, si es que no prostituídas y vendidas como carne para promiscuos y para oral-mordentes, emprenden la navegación por el laberinto anterior, el babilónico o el prehispánico, y por el laberinto glacial, pretendiendo encontrar una salida que no sea aquella inexorable de volver a dar la enésima vuelta al mundo. Se encuentran con más cadáveres y con valerosos capitanes en busca de salidas: el comandante Humberto Nobile, quien retorna momentáneamente de su aciaga muerte entre los témpanos de eternidad congelada, para trabarse en una compleja discusión con el psiquiatra que inauguró la Escuela Charlatanesca Contemporánea, el Dr. Charcot, en la que se tratan principios complejos como aquél de la indeterminación de Heisenberg, aquél de que las raíces infinitesimales de lo existente cósmico carecen de carga, peso, forma, energía, ritmo; son émulos de la nada en la espera de una fuerza divina, como decía Max Planck, para que mediante el soplo se organicen, se activen y cobren el milagro de la vida.

Charlan Nobile y Charcot sobre el principio de la ley del caos, como fundamento de lo organizado rigurosamente. Charlan sobre el nacimiento de nuevas galaxias. Dudan por un momento del Big Bang, piensan en las multidimensiones, los sobrecoge el silencio cósmico, el terror de que jamás sabremos nada; somos conciencias atrapadas por animales de presa, y constatamos que los animales de mayor inteligencia son carnívoros, y que tal vez el silencio cósmico se deba a que los habitantes de planetas vivientes seamos en verdad una suerte de parásitos desde el principio, enfermos de nostalgia por volver al sol, al que procuraremos volver mediante chispas atómicas que acaben con toda vida orgánica para, de este modo, alcanzar la identidad libertaria y solar.

Qué curioso derrotero el del mapa oculto en el cofre del laberinto. Ensayas tantas guerras por generaciones y civilizaciones y otros eones, ensangrienta tantas arenas para vencer sobre el buitre y convertirnos en polvo de luz, en chispa de sol, aunque sólo dure el tiempo efímero de la desintegración nuclear del mundo.

Las Ménades, compasivas por nuestro destino de parásitos prosolares, se asoman por el tragaluz del laberinto y oyen, tratan de oír el silencio que se extiende desde antes hasta después de la conflagración. Se escucha la hemorragia que se desboca de los ríos y palabreríos del mundo. En estas páginas deslumbrantes de Hernán Lavín Cerda, se oye el rebullir informe de vísceras que claman en su desorden sin esperanza. El naufragio del diluvio que no se detiene nunca, la simple, iterativa manía que sólo con ojos de

incendio corre y ve astillarse el mundo en llamas y chispas de una poesía fatalmente danzarina, arbitraria y descomedida como el azar.

Pero ésta es una de las historias del mapa, sólo una de las mil y una historias. Hay también otras historias porque el mapa del cofre, en verdad, es una especie de "Aleph" de Jorge Luis Borges — sin que por ello pueda ser visto como una influencia. Hay otras configuraciones igualmente imantadas de sol, idénticos espejismos engañosamente diversos. La historia termina cada vez que se vuelve insoportable: por desintegración atómica o por la náusea que la refleja en imágenes que son simulacros de escándalos: *Como sucede con la verdad que todavía nos persigue: una espiral babélica, todo se nos escapa, una pantomima interminable* (260).

Sí, dirán, admitamos que sea más detestable vivir esclavizados bajo la "coherencia" burguesa, pero ¿qué será de las Ménades del laberinto, si ellas parecen estar a su vez condenadas a la insignificancia, al loco desvarío que rechaza a toda costa cualquier coherencia, pagando el alto precio de hablar a tontas y a locas, y hacer creer que ya se dan a entender, que ya enfilan hacia la geometría de algún rollo, y al fin revelan, castradoramente, que en sus cacúmenes no hay nada más que convulsiones, rechazo a toda lógica, lascivia del caos, lujuria oceánica? Ante esta pregunta que reclama el orden de los diez mandamientos, no hay que perder de vista que las Ménades tampoco están dispuestas a perderse en el palabrerío infinitesimal. Ellas buscan una salida del laberinto. Y esa búsqueda es tanto más heroica en cuanto, por mil partes, se defienden con su anticoherencia de las seducciones del rollo burgués que las tienta con flores y besos y luego les echa encima la malla de la esclavitud; de algún modo, ellas están encarceladas y buscan, precisamente, la libertad por el desahogo eventual y efímero de lo antiverborreico, de la antipalabra, de la detención de todo pensamiento, que es el orgasmo.

La Ménades no se contentan con pálidos y exangües rosarios de orgasmos. Están decididas a hacer saltar el origen mismo, aquél que desde antes de nacer, las esclaviza al pensamiento burgués donde casi todo se vuelve estructuralmente rígido. Por eso las Ménades despliegan la incoherencia caleidoscópica de la verborrea insensata, variopinta, y propagándose a lo infinito microcósmico.

Más importante que saber qué hacen las Ménades dentro de su laberinto, resultará apreciar su sempiterna y omnipresente lucha contra el rollo epidémico de Occidente, mientras van en busca del cofre. El cofre del laberinto promete guardar el mapa de la liberación. Orientadas por dicho mapa, abrirán las alas que traen desde siempre enredadas en sus pechos, y emprenderán el vuelo de la libertad paralaberíntica. Estas mujeres optan por la locura dionisiaca no sin antes demostrar que podrían, si lo quisieran, vivir perfectamente sujetas a las reglas disciplinarias de la moral burguesa; sabrían del modo más adecuado recitar el rollo prepólitico, usar

las encubridoras defensas antiparanoides, cultivar inspirados adulterios que promuevan la paz y la dicha familiar; sabrían hasta ganarse la vida tratando de no prostituirse. Y por ello es loable y se garantiza toda eficacia profesional en ser auténticas expertas en locura dionisiaca, ya que saben navegar en ambas aguas, las carcelarias y las vesánicas: son anfibias. Por tanto, no se engañan. Y Hernán Lavín Cerda, quien también podría jugar a ser el novelista pre-bifurcado de Borges, el rollero protelevisionario, les ofrece el cofre en cuyo interior se anida la libertad para que las Ménades conozcan esa libertad que desde siempre han sentido, temblorosas, en sus pechos alados.

Con luz de vela improvisada, en una bellísima y veloz frase que da cuenta de las capacidades artísticas del autor, escuchamos que las Ménades se preguntan quién tiene fuego en el interior del laberinto. No hay escapatoria posible del lado de la Historia y, sin darse cuenta, se percatan que no sólo no pueden escapar hacia el mapa de arena que contiene la historia de los buitres, sino que la historia, con sus garras, se entromete y persigue a las Ménades hasta las últimas raíces del túnel. Les ocurre como a nosotros que, también sin darnos cuenta, creemos transitar con soltura, donaire y gestos a la moda; sin embargo, hace tiempo que nos encontramos sin saberlo en las engañosas fauces del laberinto. Ellas, las Ménades, se creían protegidas, paradójicamente, por estar en un laberinto sin escape, porque muchas veces un lugar del que no se puede escapar, también es inencontrable; ellas están protegidas, gracias a su escondite, del asedio de los otros. Y en cambio descubren que el laberinto fulgura como una luz encerrada dentro de un gran diamante; esa luz es inalcanzable porque está recluida en el corazón del diamante, pero tampoco puede escapar de allí.

A pesar de todo, la historia es capaz de penetrar en el túnel, como ha sido capaz de desenterrar de las entrañas de la tierra a los diamantes más valiosos. No hay escape. Sólo algunas Ménades advierten que, en lugar de poder huir por el mapa de arena de la Historia, son las garras sangrientas de la Historia las que se meten por los tragaluces del túnel, atrapando a cada mujer laberíntica en el exacto tiempo de su desintegración preestablecida. Entonces, ante los perseguidores históricos que se cuelan simulando haberse perdido por pura casualidad, de frente, de lado y de soslayo, ante esos perseguidores que se presentan con signos políticos opuestos durante cada período de la Historia, esos maestros del miedo que penetran hasta en nuestros sueños — si se toma en cuenta que en el 70% de los soñantes de este mundo hay un *perseguidor* que los acosa —, las Ménades se defienden desde el laberinto de sus propios cerebros. Ellas duermen y sueñan mientras nadie, por fuera, creería que ellas, por dentro, en el ilimitado laberinto del cerebro, están siendo perseguidas, y que el gran león alado está presto a domarlas y convertirlas, a su vez, en sus perseguidores dentro de su propio cerebro.

### 3. *El entendimiento como simulación*

Las Ménades, entonces, perseguidas en dos frentes — en el laberinto de la Historia y en el laberinto de sus propias mentes —, deciden hablar en clave; por eso no las entendemos. Ellas pretenden dar a entender que entienden que las entendemos, pero ellas y nosotros sabemos que no entendemos nada y, sin embargo, para mantener las reglas y no olvidarnos de la persecución, hacemos o simulamos que nos entendemos. O de pronto puede suceder todo lo contrario, que hablamos perfectamente como cualquier aspirante a burgués de al ciudad; entonces lo entendemos todo pero, igualmente, no sabemos ni entendemos nada, porque lo único que sabemos es que todo es en falso, todo es tolerado en el torrente de la palabrería falsa, excepto, claro, los cheques sin fondo. Estos sí se castigan.

Y en ese descuido de claves y frases urbanizadas, hay, claro está, ciertas treguas. Si el escape por el lado de la Historia es imposible, y los perseguidores se renuevan con la fatal periodicidad de las flores carnívoras, hay que buscar momentos de escape psíquico en la cárcel laberíntica donde sólo se vive para esperar la muerte. ¿Cuáles son las treguas o los respiros de las Ménades de Lavín Cerda?

Ellas mismas se dan claves de humor, vértigos irónicos, torbellinos mágicos que se aciclonan según las revoluciones propias con que se exhalan carcajadas; y es que en el laberinto se oyen, quién lo diría, risas genuinas, sofocaciones de carcajadas, aunque lo que más se oye es nuestra risa que retumba en ecos por las vísceras del laberinto. También hablan, se mueven y danzan las coribantes libres en el laberinto desventrado a carcajadas. El fragor de las risas quita los polvos de las Ménades del laberinto y agrieta su terrible horizonte, con lo que produce un ulular de risa loca que nos hace reaccionar ante la crueldad de la Historia, ya que por los neurofisiólogos sabemos que la risa es propia del ser humano. Aún más precisa que las huellas genéticas, la risa, en su convulso reflejo espectrográfico, muestra oscilaciones en blanco y negro que se parecen sospechosamente al llanto, a la agonía de las víctimas de tiburones y alacranes, y al temblor aéreo de las olas cuando se estrellan contra las rocas que tienen el mismo porcentaje de sílicio en su estructura, que el porcentaje de carbono en nuestros cuerpos humanos.

El neorrealismo fantástico del libro de Hernán Lavín Cerda está abocado a propiciar la celebración de la risa como convulsión sui generis y absolutamente personal, que puede hacer que el laberinto interior, holograma de nuestra mente, comience a liberarse como si de pronto un diamante nuclear se animara y, por sus temblores, diera lugar a liberarse y

desprenderse de su corazón: ese diamante mayor en el que estuvo engastado desde los comienzos de las eras geológicas y prelógicas.

En otras palabras, si la Historia humana, según la fuente de Borges, es un laberinto perdido dentro de un laberinto, ¿qué otro recurso nos queda sino la risa abierta y rutilante, que nos haga latir al compás del naufragio de los horizontes?

Mientras en su locura espiral nuestro laberinto se abisma en el laberinto para siempre desconocido del Universo, a través de la risa podemos hacer que el laberinto en que estamos encerrados como si fuéramos un Jonás que ya no se hunde en el vientre de la ballena que, a su vez, se abisma en el vientre del océano para huir de Dios y de su loca historia, se convierta por último en un navío que a tumbos y oscilaciones de risa emprenda su navegación por el mar aéreo de la liberad.

He aquí un ejemplo de la invitación a celebrar la risa del texto:

— Basta mirarte a los ojos — dijo Dolores —: hay cosas que ni Minerva sabe y yo las adivino, como por ejemplo la bondad de la risa. Es preciso reírse de uno mismo: he ahí la verdad. Hoy nadie cultiva aquella pasión por lo verdadero. Tal vez haya todavía un porvenir para la risa. La luz vendrá cuando la máxima: la especie es todo, el individuo no es nada, haya penetrado en la humanidad y todos tengan libre acceso a la suprema liberación, a la suprema irresponsabilidad. Tal vez la risa se confunda con la sabiduría: será el instante de la gaya ciencia. Mientras tanto las cosas son muy distintas y, aún, la comedia de la existencia es irreal. Vivimos trágicamente. La nuestra es la edad de la moral y de las religiones.

Mientras el tiempo marcado por la muerte transcurre, otro entretenimiento de la novela, de esta guía para perderse, felices, en el laberinto que ha perdido irremediablemente sus entradas y salidas, es el psicoanálisis espontáneo. Con tanta difusión académica, hemos aprendido a practicar el psicoanálisis como sabemos preparar y también comer spaguetti. Y las Ménades han aprendido a referirse mediante significantes que, inevitablemente, aluden siempre al otro. Como lo ha reconocido Jacques Lacan, un significante solo, aislado, en sí mismo, por no significar nada, corresponde a una exacta exhalación de la nada misma. Es decir, que si nos quedáramos en el puro significante, podríamos oír cómo la nada pasa y pretende hablar a través de nosotros sin decir nada. Cada significante, preso en el laberinto de la nada, necesita imperiosamente de otro significado para poder significar algo, aunque ese algo sea falso o engañoso y complique astutamente la trama del laberinto. Así se van formando las sucesivas cadenas de significantes, como las de los psicoanálisis dirigidos profesionalmente durante unos doce o quince años para descubrir por último el laberinto interior y el mental, que comienza entonces a querer liberarse

del laberinto exterior mediante una clave post-psicoanalítica, como lo sería una clave geométrica de Escher.

Y entonces, en risa o en serio, veremos cómo las Ménades lavinianas, aquellas Ménades que Nietzsche dejó abandonadas en el laberinto por razones de fuerza mayor, se autopsicoanalizan, es decir hablan para oírse y de tanto escuchar lo que dicen, de tanto oír a los trenes de significantes que las atraviesan desde el laberinto inconsciente, comienzan a comprender cómo las trama, designa y adestina el teatro del laberinto exhibicionista. Queda expuesta a la opinión de los lectores si el psicoanálisis silvestre y dionisíaco de las Ménades lavinianas puede competir o no con el psicoanálisis profesional de orientación post-lacanianana. Entre las direcciones, transgresiones, desviaciones en contra de las grietas infranqueables de nuestro roto laberinto, está el arte, sobre todo la magia irónica, deslumbradora de Federico Fellini, a quien Lavín Cerda doma y hace caracolear en las lujuriantes salas del laberinto encendido para que se nos enrosque en una especie de caleidoscopio que gira hacia el infinito, centrado por un nautilo microscópico.

Más allá del arte hay un corazón palpitante que puede hacernos ver, donde no lo hay, el camino que lleva a la libertad del laberinto; y es el camino del mejor hombre de Latinoamérica, el gran Don Juan, el indio yaqui, que aparece en las obras de Carlos Castañeda, y ese otro don nada secundario que ofrece el libro. Puede seguirse, en fascinante clave policíaca, un método para reconocer cuál camino late con el corazón previsto por Don Juan.

Por último, pero en primer lugar, se intenta la salida del laberinto en base a estremecimientos de amor. Es cuando el mismo Lavín Cerda, fascinado por las Ménades, se sumerge en su laberinto, disfrazado de minotauro y procede. Oigámoslo:

El me quería como un cimborrio de mármol lamido por mil lenguas, me quiere ática de muslos, fragante a leche de cierva y con caderas de doncella, frutal al tacto, finísima, como un ave encinta, aunque virgen en el trato del amor nuevo, el de la cruz inexpugnable (157).

Nota: Todas las citas corresponden a la 1ª Edición, recientemente aparecida en México (Loega, 1989).